



La
venganza
de los
inocentes



SOLEDAD PALAO

Soledad Palao

**“LA VENGANZA DE LOS
INOCENTES”**

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

1ª Edición

ISBN Edición en papel: 978-84-697-6728-3

ISBN Edición en Epub: 978-84-09-00596-3

Impreso en España / Printed in Spain

Editado por: Soledad Palao

Socio de la sociedad de escritores de Madrid.

Socio de CEDRO Num. A23870.

SIN ESTOS COLABORADORES ESTE LIBRO NUNCA SE HUBIERA EDITADO.

© 2017 Soledad Palao www.soledadpalao.com

© www.impulsoliterario.com. Agencia de promoción y Marketing para escritores © www.doygestion.com. Versión digital.

© www.alexiajorques.com. Diseño de portada.

© Gloria Males. Fotografía.

© Verónica Martínez Amat. Correctora.

A mis hijos.

A Paloma, por ser mi apoyo constante, por preocuparse tanto por mí, y por darme a mi primera nieta, que tantas penas me quitó de encima. A Álvaro por ser el gran amor de mi vida desde que llegó a este mundo. A Cristina por su gran tesón, valentía y arrojo, por estar siempre a mi lado y por demostrar que se puede con todo. Y a Lara, por su cariño, su dedicación, y porque cuando ya creía que no iba a coger más un bebé en los brazos, llegó ella, y me alargó la ilusión de ser madre. Os quiero con todo mi corazón.

“Lo único que debemos hacer es adquirir plena conciencia del poder que poseemos y no olvidarnos de que nadie puede hacer nada sin el pueblo, que nadie puede hacer tampoco nada que no quiera el pueblo. ¡Solo basta que los pueblos nos decidamos a ser dueños de nuestros propios destinos! Todo lo demás es cuestión de enfrentar al destino.”

Eva Perón

“Si los pueblos no se ilustran, si no se divulgan sus derechos, si cada hombre no conoce lo que puede, vale, debe, nuevas ilusiones sucederán a las antiguas y será tal vez nuestra suerte cambiar de tiranos sin destruir la tiranía.”

Mariano Moreno

PRÓLOGO.

Reconozco que me gustaría que este prólogo fuera absolutamente coloquial, pero asumo que conlleva una latente responsabilidad; que en este caso se ve acrecentada por un plus de simpatía, cariño, respeto y sintonía, y por la admiración que profeso, desde siempre a "la Sole", que por ende es capaz de crear desde la nada, una gran obra de tan bella y profunda trama, en conexión con un formato absolutamente actual y desgraciadamente universal.

Después de impactarnos con sus anteriores y geniales obras "EL SECRETO QUE CAMBIÓ MI VIDA", y "EL LABERINTO DE LOS SUEÑOS", de nuevo nos despierta la conciencia y acaricia el alma con "LA VENGANZA DE LOS INOCENTES" tocando un tema que forma parte de nuestras más enraizadas costumbres.

Memoria histórica y que forma parte integral de nuestro ADN.

Soledad define de forma concisa y directa las costumbres del momento, con léxico de posguerra y yo diría que sobre todo con las ilusiones de la época. Rápidamente me veo inmerso en la España profunda, y dentro de ella, en la franja social que copaban los llamados "poderes fácticos": Cura, guardia civil, alcalde, farmacéutico, aristócratas, etc, con sus costumbres, necesidades y privilegios perfectamente diferenciados. Sus grandes fiestas, su relación con el clero, sus pinacles y sus obras de beneficencia... En cruel contrapunto con la humildad, el duro trabajo del campo,

pastoreo y la asfixiante a veces, opresión del latifundista... y peor aún del "señorito", muchas veces rama torcida de tronco noble.

La autora nos describe un relato imaginario, profundo, con colores de inocencia, amor, brujería y sobre todo ilusiones agridulces.

Esta historia que se nos presenta como "no real", pero que ocurrió en aquella nuestra España en cientos de ocasiones.

Acuciado por el mandato de no desvelar el genial desenlace, al mejor estilo Julio Verne... En primer lugar te felicito, amigo lector por la elección y te invito sinceramente a que te sumerjas, vivas, sufras y disfrutes de "LA VENGANZA DE LOS INOCENTES.

Rafael Espigares. Historiador de la vida.

Índice

PRÓLOGO.

"Caudal inagotable, el cariño de una madre"

CAPÍTULO I.

"Más vale sencillez y decoro que mucho oro".

CAPÍTULO II.

"El rayo y la maldición, dejan sana la ropa y queman el corazón".

CAPÍTULO III.

"Ropa Dominguera del portal para afuera".

CAPÍTULO IV.

"Al hombre venturero, la hija le nace primero".

CAPÍTULO V.

“Padres arrieros, hijos comerciantes, nietos señoritos y biznietos mendicantes”.

CAPÍTULO VI.

“Trabajando por cuenta ajena, poco se gana y mucho se pena”.

CAPÍTULO VII.

“El que se casa por todo pasa”.

CAPÍTULO VIII.

“Precio al trabajo justo, son honra, provecho y gusto”.

CAPÍTULO IX.

“Con beatas y beatos, mucha vista y poco trato”.

CAPÍTULO X.

“Al buen hacer jamás le falta premio”.

CAPÍTULO XI.

“Con amor y aguardiente, nada se siente”.

CAPÍTULO XII.

“Amores añejos, acaban con los pellejos”.

CAPÍTULO XIII.

“Gente castellana, gente sana”.

CAPÍTULO XIV.

“Añorar el pasado es correr tras el viento”.

CAPÍTULO XV.

“Amar sin padecer, no puede ser”.

CAPÍTULO XVI.

“A Dios rogando, y con el mazo dando”.

CAPÍTULO XVII.

“Amor trompetero, tantas veo, tantas quiero”.

CAPÍTULO XVIII.

“Los castellanos, tienen más lengua que manos”.

CAPÍTULO XIX.

“Cada loco con su tema, y cada lobo por su senda”.

CAPÍTULO XX.

“Amor verdadero, el que se tiene al dinero”.

CAPÍTULO XXI.

“La verdad, aunque severa, es amiga verdadera”.

CAPÍTULO XXII.

“La monja y el fraile, oren y callen”.

CAPÍTULO XXIII.

“Ata bien y siega bajo, aunque te cueste trabajo”.

CAPÍTULO XXIV.

“Del cura, lo que diga; del médico lo que haga; y del boticario ni lo que diga ni lo que haga”.

CAPÍTULO XXV.

“Amor que no es osado, amor poco estimado”.

CAPÍTULO XXVI.

“La cruz en los pechos y el diablo en los hechos”.

CAPÍTULO XXVII.

“Gente de sotana, logra lo que le da la gana”.

CAPÍTULO XXVIII.

"A Dios rogando y con el mazo dando".

CAPÍTULO XXIX

"Cada día que amanece, el número de tontos crece".

CAPÍTULO XXX.

"Amar sin padecer, no puede ser".

CAPÍTULO XXXI.

"Amigo en la adversidad, es amigo de verdad".

CAPÍTULO XXXII.

"Lo que se aprende en la juventud florida, jamás se olvida".

CAPÍTULO XXIII.

"No críes hijo ajeno, no sabes si te saldrá bueno".

CAPÍTULO XXXIV.

"El que se casa por todo pasa".

CAPÍTULO XXXV.

"Que espléndida inocencia muestra un ser humano, cuando no teme que le hagan daño".

CAPÍTULO XXXVI.

"¿Qué tiene mi hijo feo, que no lo veo?"

CAPÍTULO XXXVII.

"Alegrías y pesares, te vendrán sin que los busques".

CAPÍTULO XXXVIII.

"La buena educación conviene, para usarla con quien la tiene".

CAPÍTULO XXXIX.

“Mira de quien te fías, que hay en el mundo mucha falsía”.

CAPÍTULO XL.

“De oportunidades perdidas, se encuentra llena la vida”.

CAPÍTULO XLI.

“Nadie se puede evadir de lo que está por venir”.

CAPÍTULO XLII.

“Hijo eres, padre serás, cual hicieras, te harán”.

CAPÍTULO XLIII.

“El malvado la pena dilata, pero de ella no escapa”.

CAPÍTULO XLIV.

“Los grandes sufrimientos, ni tienen lágrimas ni lamentos”.

CAPÍTULO XLV.

“Los malvados siempre creen, que todo les saldrá bien”.

CAPÍTULO XLVI.

“Permita Dios que te mueras con la pena, y que camisa en tu cuerpo se te llene de gangrena”.

CAPÍTULO XLVII.

“A todo cerdo le llega su San Martín”.

CAPÍTULO XLVIII.

“Si lloras por haber perdido el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas”.

“La mentira es justa cuando, por hacer bien, la verdad se oculta.”

AGRADECIMIENTOS.

“Caudal inagotable, el cariño de una madre”

Era yo chiquillo, cuando mi madre que nació por aquellas tierras olvidadas de la castilla profunda, me refirió esta historia que voy a contarles, que se me quedó grabada en las entendederas, tal y como ella se refería a esa madeja que llevamos dentro de la cabeza y que algunos llaman mente, otros cerebro y quizá algunos ingenio.

Me lo refería por la noche, cuando ya las sábanas me llegaban al cogote, siempre antes de recibir su beso de buenas noches. Aunque su afán por taparme era insistente, yo prefería sentarme apoyado en la almohada y escucharla con toda atención, mientras degustaba el vaso de leche, que ella colocaba en la mesilla.

Me la contaba con su sabia jerga, tal y como ella llamaba las cosas, siempre directa, utilizando sus pleonasmos y redundancias, aquellas palabras con las que los inocentes de su pueblo, usaban en su jeringonza y sus galimatías.

Yo, siempre callado y procurando no moverme, sin preguntar algunas cosas que no entendía, no fuera a ser que diera por terminado el relato de aquella noche, me quedaba embobado, preguntándome, si aquella historia que día a día adquiría más intriga, era real, o las mientes de mi madre como ella las llamaba se las inventaban.

Tanto se me quedó grabada esta historia, que he querido referirla siempre a quien ha tenido a bien recibirla de la forma y manera en la que ella la interpretaba.

Espero que les guste.
CAPÍTULO I.

“Más vale sencillez y decoro que mucho oro”.

Las patatas cocían al amor de la lumbre dentro de aquella chimenea de piedra que el abuelo Jacinto construyó con aquellas manos tan diestras y preparadas para cualquier labor que se le encomendara. Y bien que lo hizo, que ni revoco tuvo jamás, ni pavesa alguna dejó escapar al centro de aquel pequeño habitáculo que servía de comedor y cocina. Al lado de la leña que ardía dejando que el calor inundara la habitación, se asaban dos palomas que el Marcial había cazado a la amanecida. La Edelmira las había pelado y destripado, estando atenta de guardar las patas y las cabezas que junto con alguna de las verduras de la huerta, darían sabor al caldo que prepararía para la noche. Un pequeño ventanuco dejaba entrar la luz del sol hasta casi la mesa del centro; la que usaban para todo, tanto para comer, como para trocear la comida, o repartir y limpiar las verduras de aquel huerto que con tanto mimo cuidaban, y hasta para tomar el recuelo del café que gustaba de tomar el Marcial después del guiso.

Con una cuchara de palo, que ya usaba su madre cuando ella era chica, le daba vueltas a las patatas, que machacaría con el mortero de madera, añadiendo una miaja de nuez moscada para elaborar un sabroso puré, con el que acompañaría el guiso de las palomas.

Arrimó la leche al fuego y puso un tazón sobre la mesa, en el que desmigó un trozo de pan sobrante de la noche anterior y vertió sobre él dos cucharadas de azúcar bien colmadas. Introdujo un cacillo sopero y esperó a que hirviera la leche.

En una cama que perteneció a la abuela Dionisia, de aquellas resistentes con buen somier y cabecero de hierro, situada en la pared frente a la chimenea, dormía la Rosita,

su única hija, ya mocita, que dieciséis primaveras cumpliría para San Tirso. Buena como un pajarillo, hacendosa y limpia al igual que su madre y su abuela, con una planta que ya dejaba ver el esplendor de su cuerpo, y una belleza natural que regaba todo lo que miraba con aquellos ojos verdes, que también había heredado de la madre y la abuela.

Muchos eran los mozos que la rondaban por el camino largo, y los gañanes que en la era aflojaban su labor solo para verla pasar. Harta estaba la Edelmira de apartar moscones que la niña atraía como atrae la miel a las moscas. Ya llegaría su momento, pronto era para pensar en noviazgos ni amoríos. Una niña parecía, que todavía gustaba de ver sus muñecas de vez en cuando apiladas y tapadas como cuando era chica bajo el tejado, en un rincón del sobrao, al lado de los racimos de uvas, que colgados esperaban a convertirse en pasas que venderían en Navidad.

Hora era ya de espabilarla. Las ocho habían dado en el reloj de la iglesia de la plaza hacía ya varios minutos, y varios meneos tendría que darle, que bien le gustaba remolonear un rato en la cama, calentita, sintiendo el calor de la chimenea.

El Marcial marchó temprano, después de dejar la caza en la mesa y comerse un tomate aliñado con un poco de aceite del que mandaba su hermano, el Tomás, el de Fuente Clara, que de guardés estaba en las tierras del marqués de la Encina. Iban ya para veinte años que se había colocado de custodio de la finca, donde le habían dado un chamiizo para guarecerse, que él había arreglado y acomodado para las necesidades del matrimonio y de los dos hijos con los que la Virgen le había bendecido.

Para dos años hacía que no se veían, aunque las cartas mensuales eran recibidas con toda puntualidad, al igual que su contestación. Ya había hablado con el Marcial, que pasado el cumpleaños de la niña nadie la iba a quitar el capricho de verse de nuevo con aquel hermano al que tanto